

La planta alta de la casa dormitaba en silencio arropada por un sueño sereno, como el que soñaba Esperanza antes de que se le tornara en pesadilla.

Vestido con el traje de los domingos, Andrés se inclinó sobre su esposa que apenas asomaba de entre las sábanas. La tibia respiración de su amada le acarició el semblante y evocó la primera vez que despertó junto a ella, cuando el amanecer le susurró que abriera los ojos para que contemplara su rostro bajo el hechizo de su tenue luz. Andrés la besó en la mejilla con infinita delicadeza, temiendo empañar el ajado rostro de porcelana que en su juventud brilló con esplendor, y ahora lo hacía con una belleza elegante.

El anciano se sentía ligado de alguna manera al plácido sueño en que estaba sumida Esperanza, pero debía desligarse para poder continuar con su inexcusable cometido de esa mañana. Andrés abandonó su dormitorio, atravesó con nostalgia el largo pasillo que desembocaba en el salón y sorteó casi de memoria las antigüedades dispuestas por su esposa a modo de decoración. Tras una breve elección decidió rescatar su bastón favorito, preso en un exótico mueble que además retenía varios sombreros de otra época suspendidos en la forja trenzada en su pecho. Como no tenía intención de arrebatar a su esposa de los brazos de Morfeo entornó con sigilo la puerta, que daba acceso al piso inferior, antes de abandonar la estancia. Pero entonces los goznes que sostenían en pie a la exquisita puerta marroquí despertaron de su letargo para despedirse de Andrés con un lastimero quejido. El anciano se encogió de hombros y acercó ligeramente la barbilla a su pecho, como si con ello pudiera silenciar el delator ruido. Descendió sin más demora a la planta baja de la casa acariciando el pasamano de madera de cedro libanés (Esperanza no pudo resistirse a comprarlo cuando descubrió que los árboles talados para construir el primer templo de Salomón crecieron en el mismo bosque que los sacrificados para aquel pasamano), una pieza excepcional que hacía de voladizo a una primorosa barandilla con reminiscencias hebreas, hecha a mano en el seno de una de las familias más prestigiosas de orfebres de la antigua escuela.

Esperanza era una mujer de carácter dulce, introvertida, más culta de lo que solía y quería aparentar. Sin embargo, de vez en cuando tenía que sacar a relucir buena parte de su vasto conocimiento para ilustrar a los escasos clientes entendidos que visitaban su tienda. Ella se sentía más cómoda a solas con sus conocimientos de arte, sometiendo a riguroso estudio histórico algunas antigüedades que pudieran ser dignas

de engrosar su exquisita colección personal. Esperanza atribuía a su padre el haberle inculcado el interés por la colección de piezas de arte, también la habilidad para los negocios, la entereza del carácter vasco y la nobleza de corazón. De su madre había heredado una esbelta figura, la dulzura de su rostro, la humildad en la sabiduría y una inteligencia fuera de lo común. Esperanza aportó al bagaje genético de sus progenitores sobrada templanza, resignación y un inquebrantable espíritu de superación. Tal vez, su aporte se debía a que la vida le había dado el primer golpe nada más ser alumbrada al mundo de los vivos, cuando le arrebató para siempre del calor de su madre en una fría quirófano de hospital. Veintisiete años después la vida le asestó otro golpe demoledor a su alma, más cruel si cabe que el primero. Quedó huérfana al perder a su padre, pero la manera en que ocurrió fue lo que realmente propició que saltaran por los aires casi todos los amarres de su cordura. Se alejó de su entorno sin tiempo siquiera de despedirse de familiares o amigos, obligada por las acuciantes circunstancias que la rodearon, y comenzó una nueva vida a escondidas de su mundo. Esperanza luchaba con entereza contra los fantasmas que la atormentaban, todos sus credos se tambaleaban amenazando derrumbe, no sabía cómo resistir al dolor punzante que acribillaba su corazón con las balas que acabaron con su padre.

Un buen día el destino decidió resarcir a Esperanza y jugueteo con las piezas de un puzle en las que aparecían ella y un joven llamado Andrés, hasta engarzarlas a su antojo.

Andrés escudriñó minuciosamente la planta baja de la casa, plantado en el último escalón como un objeto más de la tienda. Su corazón se agitaba con el temor de alguien que se dispone a profanar un lugar prohibido. La tienda era un lugar de poder, un lugar cargado de misteriosas antigüedades traídas de todo el mundo, un lugar de encuentro para recuerdos que no se dieron allí, un lugar donde pululaban por doquier infinidad de sugerentes susurros. El anciano sabía que la tienda de regalos quería apresarlos en la oscuridad de sus recovecos para siempre. Los inapreciables movimientos de sus sombras captoras eran delatados por la tímida luz del nuevo crepúsculo, tenía que salir de allí antes de que flaquearan sus fuerzas. A pesar de los muchos y felices años vividos en la casa, junto a Esperanza, Andrés no terminaba de sentirse cómodo cuando se encontraba en la tienda abierta en la planta baja de su hogar.

Cuando Esperanza se instaló en el pequeño pueblo de *Seguiviela* contaba con apenas veintisiete años. Era una desconocida que llegó sin avisar de una ciudad del norte cuyo nombre evitaba desvelar de manera educada, como si no le importase de

dónde venía, como si no hubiera dejado nada atrás. Abrió una peculiar tienda de regalos en la planta baja de su vivienda. Los habitantes del pueblo, que no eran demasiados, daban poco crédito a la supervivencia de aquel sorprendente negocio cuya mercancía escapaba al gusto y al bolsillo de una población cansada de labrar la tierra de sol a sol, más propensa a regalar un detalle práctico y económico que un inservible objeto de decoración que ni siquiera entraba dentro de los parámetros del gusto local de decoración. Pero eso era lo que realmente pretendía Esperanza, dejar correr el tiempo siendo invisible a los ojos de los demás, principalmente ante los que miraban desde su antiguo mundo. Esperanza tenía el corazón roto en mil pedazos cuando llegó a *Seguivela*, era un cuerpo sin alma que se movía como una marioneta suspendida al antojo de los hilos de sus amargos recuerdos. No, no quería clientes en su tienda, no los necesitaba para sobrevivir, su padre le había dejado suficiente patrimonio para vivir muchas vidas sin tener que preocuparse por su economía. Esperanza ocultaba un secreto que no podía desvelar por más que lo necesitara, ni siquiera a su amado esposo. No quería que él sufriera por ella, era su penitencia y la llevaba por dentro. Era su dolor.

Andrés no estaba por la labor de internarse en la penumbra reinante en la planta baja de su casa, pero debía hacerlo si quería salir por la puerta principal, que daba acceso directo a la *Plazoleta del Perdón*. Sopesaba la idea de salir por la puerta lateral, que descargaba en el *Callejón del Agua*, aunque luego tendría que recorrer una veintena de metros de resbaladizo empedrado hasta llegar a la *Plazoleta del Perdón*, lugar de tránsito inevitable para alcanzar el casco antiguo desde su casa. A esa hora intempestiva entre el día y la noche la tienda de regalos presentaba un aspecto sinuoso, acentuado por las sombras que creaban los extravagantes objetos que estaban a la venta: horripilantes cabezas jíbaras, lanzas cruzadas sobre escudos bárbaros, antifaces con penachos repletos de misterio, inquietantes representaciones de dioses de culturas casi olvidadas. Andrés, cargado de temor y dudas, creyó finalmente que era menos aventurado dirigirse a la puerta lateral, ya que se encontraba más cerca de la escalera donde él se erguía como una estatua de humo en un día sin viento. Al cabo, se armó de valor y descendió el último peldaño a su infierno particular. Paseo la mirada a lo largo de la inquietante estantería traída de Egipto por su mujer, y mientras se acercaba a ella, pensó que no le apetecía ni un ápice pasar tan cerca, pero su disposición en la tienda hacía que la estantería escoltara su flanco izquierdo y la pared hiciera lo propio con el derecho, hasta alcanzar la salida abierta al *Callejón del Agua*. Andrés se afirmó en su bastón favorito apretando la cabeza de oca cincelada en el asidero de plata. Alcanzó con paso titubeante

el maldito mueble egipcio, que le producía escalofríos cada vez más intensos. Su aversión hacia aquel mueble se remontaba al primer instante en que lo vio, nada más desembalarlo en compañía de Esperanza. Andrés tenía por costumbre no refutar las adquisiciones de su mujer, por muy extravagantes que estas llegaran a parecerle, ella era la entendida en arte, y no él. La antigua estantería la formaban dos figuras gemelas de ébano negro de casi dos metros y medio de alto, con aspecto humano y cabeza de chacal, en clara alusión al principal psicopompo del antiguo Egipto, el dios Anubis. Las oscuras figuras se hallaban colocadas una frente a la otra y alargaban sus brazos para fundirlos en una única repisa. Sobre ella descansaban algunas rarezas esotéricas traídas de diferentes culturas: una Jamsa de la india, una imagen en bronce de Vairocana importada de Nara (Japón), un colgante egipcio que representaba el Ojo de Udyat, y un pequeño surtido de Runas nórdicas. En un extremo de la repisa, apoyados en el negro pecho de una de las dos gigantescas figuras de ébano, se apilaban varios libros ocultos a la claridad que los días soleados derramaban por casi toda la estancia: una antigua copia traducida al griego y atribuida en su génesis al patriarca hebreo titulada El libro de Enoc, un ejemplar de la última recensión de El libro de los muertos egipcios, un par de ajados pergaminos manuscritos con sortilegios hebreos referentes al Éxodo. Un edición española de la obra *De revolutionibus orbium coelestium* que procuró gran fama y controversia a su autor, Nicolás Copérnico. Los dioses de madera acunaban también entre sus brazos algunos objetos y textos más actuales, sin tanta trascendencia, pero suficientemente interesantes para cualquier mente abierta y ávida de conocimiento.

Andrés se plantó en el umbral que delimitaba la frontera de su miedo con el angosto *Callejón del Agua*, eternamente umbrío. Exhaló un profundo suspiro, después salió a la intemperie y su silueta se perdió dentro de la apelmazada bruma que había madrugado como él. Las manchas de humedad que habían hecho de la fachada de la tienda su morada lo despidieron con microscópicas gotas de rocío.

Los años transcurrieron con pereza desde que Esperanza se vio forzada a dejar en la distancia su verdadero hogar, para instalarse en aquel pequeño pueblo que parecía olvidado a su suerte en un rincón de la península. No pretendía borrar el pasado, no lo había hecho siquiera un solo día desde que llegó a *Seguivela*. Era consciente de que sus heridas jamás cicatrizarían del todo, aunque el tiempo y la distancia se empeñaran en curarlas. Sin embargo, entendió que ya era hora de relajar su inquietud, sí, ya era hora de abrir la puerta de su casa sin la sospecha de que le iba a suceder lo mismo que a Gerardo, su padre. Apartada en un recoveco de su memoria, Esperanza tenía una caja

con la cerradura sin echar, allí encerraba recuerdos muy dolorosos que se agitaban hasta asomar la cabeza, pero ya no salían a pasear a sus anchas como antes, para recordarle siempre el mismo crepúsculo de otoño, el que cambió su vida. Las hojas que dejaban las ramas de los árboles le contaban secretos cuando era pequeña, pero ya tenía veintisiete años, y no le dijeron la escena que iba encontrar al llegar a casa. La ciudad que la había acunado en los brazos de sus calle se preparaba para llorar lágrimas de lluvia. Ajena a la tristeza, Esperanza regresaba a casa caminando con una sonrisa, satisfecha tras un productivo día de trabajo. Había estado ocupada en el proyecto de un restaurante de innovadoras formas que le estaba dando algunos quebraderos de cabeza. Un reto encantador para ella, la motivaban ese tipo de trabajos. La estaría esperando su padre, que ya debía tener el café a punto, exactamente como a ella le gustaba: dos dedos de leche templada, tres de café poco cargado y otro más de espuma por encima. El enorme cariño que depositaba Gerardo en su hija le era devuelto con intereses por ella. Esperanza se había convertido en su razón de ser desde el primer momento, en el preciso instante en que sufrió la dolorosa pérdida de su esposa. Gerardo siempre aguardaba la llegada de Esperanza como si le faltara aire que respirar, no podía vivir sin su hija, le recordaba demasiado a su amada esposa. Gerardo era un vasco noble y comprometido que entendía la libertad como respeto, sin artimañas de fondo. La suerte le había sonreído en el pasado, pero el pasado había quedado ya atrás. Aquella tarde de otoño, su padre también la esperaba en casa, pero no como Esperanza creía mientras regresaba con una evocadora sonrisa, en esta ocasión, Gerardo aguardaba de manera muy diferente, injusta a todas luces de humanidad. Su cuerpo yacía sin vida en el recibidor dibujando un escorzo imposible, como un muñeco roto. Moribunda y casi ahogada en su espesa sangre, una nota asomaba con amenazantes letras garabateadas por manos asesinas. Gerardo tenía una fuerte convicción política y moral, opuesta totalmente al ideal asesino de los desalmados terroristas que se autodenominaban patriotas. Varias detonaciones gritaron y el pecho de Gerardo se rompió en el recibidor de su casa, minutos más tarde lo haría el alma de Esperanza. Cuando Esperanza abrió la puerta, el olor a café recién hecho que inundaba toda la casa se instaló también en su memoria, como el cariño acabado de su padre, que le rozó la mejilla con un beso antes abrir sus alas y volar en busca de su esposa. El gris del cielo se oscureció con un crespón de duelo y derramó lagrimas como una plañidera profesional.

Esperanza optó finalmente por aceptar las recomendaciones que le llegaron desde el ministerio de defensa, tras comprobar que la nota hallada junto al cuerpo de su padre

la amenazaba de muerte. Y consintió en acogerse a una nueva identidad y alejarse de su ciudad, pero puso una condición innegociable, seguir llamándose Esperanza. Se lo debía a todas las víctimas del terrorismo, a todos sus familiares, y principalmente a su querido padre.

Andrés alcanzó la vieja *Plazoleta del Perdón*. Se detuvo en su centro geométrico, ante la orgullosa *Fuente de los Siete Caños*, y contempló ensimismado la incesante caída del agua clara. Las burbujas que parecían estar en ebullición dentro del pilón de piedra le causaban un efecto hipnotizante. Tras un momento de reflexión, continuó y se adentró en una angosta callejuela que señalaba directamente al corazón del casco antiguo. El astro rey acariciaba con delicadeza la línea del horizonte y tocaba ya las azoteas y los tejados colindantes. El anciano serpenteaba con paso cansado entre antiguas fachadas vestidas con entramado de adobe y madera, cortinas de esparto trenzadas entre las durezas y los callos de los dedos hacedores, voladizos con tejas de barro cocido y huéspedes de verdín. Una tras otra iba dejando atrás apretadas callejuelas con esquinas de sillería granítica, donde la humedad pintaba su variada paleta de grises y el verdín claro oscuro remarcaba el contorno de las piedras. Tras doblar la enésima esquina, Andrés se dio de bruces con una hilera de naranjos perfumados con aroma de azahar. Cobijado bajo sus ramas, los bancos de madera guardaban valiosos secretos. Nunca olvidaría el sabor dulce de los labios de aquella chica de ciudad que un buen día apareció en el pueblo, en uno de esos bancos de madera le había robado el primer beso a Esperanza. Y ella le robo su corazón. Los bostezos del sol penetraban a través de ventanas y balcones de la parte superior de las fachadas, los claveles despertaban entre rejas de forja, los jazmines se estiraban desde el suelo buscando tocar el cielo, las flores de las buganvillas se mecían con la brisa que estaba barriendo las calles de neblina. Una sosegada sensación embargaba el día a día del casco antiguo. Allí el tiempo se tomaba un descanso, los rumores lejanos contaban historias humildes a pie de poyete, las voces de la radio eran ahogadas por el vapor cantarín de una olla a presión, los maullidos de los gatos sonaban a ritmos bohemios, allí no faltaban los pausados silencios tan valiosos para el espíritu.

Esperanza se agitó inquieta bajo las sábanas. Un sueño la había transportado a su casa en la ciudad, se hallaba derrumbada en uno de los butacones junto a la chimenea, vigilando en vano el rincón preferido de su padre, esperando que se obrara el milagro y volver a verlo sentado en su escritorio, mirando sus fotografías en blanco y negro, salpicado por las gotas multicolor de tenue luz que llovían desde su apreciada lamparita

Tiffany. La rueda del sueño giró bruscamente y Esperanza estaba ahora apoyada en un murete suspendido en el vacío. Una cabeza de oca plateada flotaba en un mar revuelto de tinieblas. Andrés también estaba allí, quería agarrar su bastón por la empuñadura pero era resbaladiza. Se oían risas, graznidos, sonó un disparo, un golpe sordo que la sacudió con fuerza, más risas...

El tiempo no lo borra todo, siempre quedan las debilidades. La debilidad pasada de Esperanza había sido su padre, y la presente era su esposo, Andrés. No estaba preparada para soportar otra pérdida.

–Vaya, vaya, me he convertido en un anciano –balbuceó Andrés, consternado como si acabara de recibir una mala noticia. –No me había dado cuenta hasta ahora, pero ya da lo mismo, por suerte no voy a convertirme en uno de esos ancianos que vagan por el pueblo con mucha prisa pero sin nada que hacer, tampoco de los que en unas ocasiones cuentan historias a los demás y otras veces parecen hablar solos, ni siquiera de esos que llevan bastón porque ya no están seguros de sus piernas, ni de sí mismo –suspiró.

Andrés buscó el camino de una juventud olvidada en el dédalo de adoquines que se postraba a sus pies. Pero se perdía en él y no disponía de mucho tiempo. –Tengo que ponerme en movimiento antes de que el cielo se me venga encima –dijo para sí, pretendiendo recobrar la entereza perdida.

Enseguida alcanzó el límite del vecindario, marcado de manera testimonial por el arco de la Puerta del Comercio. Andrés hizo una parada bajo su dintel, y se dirigió en tono confidencial al pequeño rostro de mujer tallado en una de las jambas. –Con lo que éramos antes y en lo que nos hemos convertido, verdad encanto –le sonrió sin mover los labios. Al cabo, se adentró en la explanada de tierra enfilando el Puente de los Patos. Se sentó en el pretil de la resistente construcción románica y entabló conversación con el dios Crónos, como lo hacen dos viejos conocidos. Andrés habló con nostalgia al dios del tiempo de lo que representaba aquel lugar para su matrimonio. Le confesó que un día radiante de primavera regresaba con Esperanza del pueblo vecino, dónde adquirieron varios objetos que terminarían decorando parte de la tienda de regalos. En mitad del puente, la cerradura del maletero saltó y tuvieron que detener su viejo Rover 45, la puerta subía y bajaba haciendo aspavientos por el ajetreado viaje que traía. Mientras él se peleaba, destornillador en mano, con la obstinada cerradura, su mujer descubrió un recóndito escenario bajo el arco del puente, semejante recorte del paisaje parecía la ilustración de un cuento, donde vivían felices duendes y hadas. –Algún día,

en un futuro muy, muy lejano, tú y yo viviremos aquí, como los seres mágicos de los cuentos –le prometió Esperanza al oído, antes de subir de nuevo al destartado Rover 45 de color burdeos.

Con ojos humedecidos en agua de plata, Andrés aunó la rebeldía de la adolescencia con el dolor amargo que almacena la madurez para recriminar a su confidente el haberlo arrebatado de los brazos de su esposa. Pero el desconsolador altercado entre los dos viejos conocidos no podía tener más que un desenlace para Andrés, el mismo que finalmente asumió con resignación y comprensión. –No somos nada –sollozó el anciano, hundiendo la cabeza en el tembleque de sus volátiles manos que cubrían su rostro, ya sin rostro tangible. Poco a poco el sol subía peldaños en la escalera de un cielo intemporal. Andrés dejó caer desde el pretil del puente al vacío su bastón preferido, se lo había regalado Esperanza y tenía una cabeza de oca tallada en la empuñadura de plata. Luego se fundió con el universo en el aquel paisaje de cuento, donde vivían felices duendes y hadas.

Esperanza abrió súbitamente los ojos. Tanteó con temor, sin girarse en la postura de costado que mantenía en su lado de la cama, buscando la calidez del cuerpo de su marido. Pero se topó con el helado tacto con el que la muerte había dotado a Andrés. Una hilera de lágrimas encadenadas descendió por sus mejillas hasta mojar la almohada y convertirla en un mar salado. Esperanza cerró de nuevo los ojos y se imaginó que dormía, era pronto todavía, el cielo cambiaba lentamente de color a través de su ventana.

En cierta ocasión, su padre le dijo que los recuerdos se avivan con fuerza si se posa la mirada con detenimiento sobre ellos. Pero no supo advertirle que los recuerdos son cambiantes como la vida misma y no siempre evocan los momentos felices que buscamos.

Ya solo le quedaba un lugar de cuento, donde duendes y hadas viven por siempre felices.